

¡ Qué honroso y melancólico recuerdo ! ¡ que personificación tan sublime ! Hablan los muertos y se glorían de haber muerto por la patria ; y parece que aun no quieren apartarse de su obediencia, pues le envían la noticia del sitio donde yacen hijos tan leales como valientes.

Estando la batalla de Farsália tan á pique, que no se oía sino estrepito de caballos y de hombres ; vió Cesar á Cayo Crastino, capitán de diez águilas que las iba requiriendo ; y llamándole por su nombre, le preguntó : Qué te parece ¿ podremos esperar de esta batalla ? Y alzando la mano, díxole : *vencerás, Cesar, y me loarás vivo ó muerto.* Sucedió lo uno y lo otro, porque Crastino murió, Cesar venció, y celebró al muerto en una oración fúnebre.

Engrandecen mucho á M. Craso por haber con buen ánimo sufrido la muerte de su hijo, varón muy insigne, y marido de aquella no menos sabia y eloquente que hermosa y agraciada Cornelia, hija de Scipion. Viendo Craso que trahían los Parthos la cabeza de su hijo en la punta de una lanza, y que con aquel espectáculo lamentable se atemorizaban y desmayaban los ánimos de todos sus soldados, díxo en voz alta : *Mío es este dolor, mio el daño, mio el llanto : mas el remedio, la gloria de la república, y la venganza consisten en vuestra salud.*

Refiérenos Solís la tierna respuesta que dió Motezuma á sus magos y agoreros quando le

predixeron, en nombre y por decreto del cielo, la ruina de su imperio concebida en estos términos. *¡ Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses ! Vengan los extrangeros y cayga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni nos ha de hallar fugitivos la calamidad. Solo me lastiman los viejos, niños, y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa.*

Los retóricos cuentan hasta diez y siete pasiones ; los filósofos no concuerdan en esta opinión, ni con aquellos, ni consigo mismos. Dentro del corazón humano hay mas alteraciones y tempestades mas diversas que en un proceloso golfo, donde no hay piloto que las pueda señalar todas. Pero las mas frecuentes y conocidas en el uso común de la vida son : el amor, el odio, el deseo, la ira, la indignación, la desesperación, la vergüenza, la emulación, la venganza, en la clase de fuertes ; y en la de templadas, la clemencia, la confianza, el gozo, la tristeza, la compasión, el temor, y la esperanza. Sin embargo éstas dos últimas son las dos pesas del reloj de la vida del hombre, que solo se mueve, ó con la esperanza del bien, ó el temor del mal.

La oratoria las contempla todas como indiferentes en sí mismas : y solo las pinta honestas ó criminales, con respecto á sus fines y efectos. Por exemplo el valor saca su bondad ó su malicia del carácter de quien lo posee. Si es virtud

en un Horacio, en Cromwell es un vicio : y la confianza de Cesar, laudable en el Rubicon, es vituperable en el Senado.

El movimiento de las pasiones es un medio excelente de la eloqüencia : por exemplo, quando se nos hace esperar lo que debe ser el verdadero y digno obgeto de nuestra esperanza, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion condenan, amar la verdad y la justicia, respetar la probidad, compadecer la inocencia oprimida, desear la honra y la felicidad, admirar la fortaleza, perdonar al enemigo, indignarnos contra la iniquidad, emular la gloria de las buenas acciones, y avergonzarnos de la baxeza ó fealdad de las nuestras.

De este modo dirémos : que la oratoria se sirve de las pasiones útiles, para mas fortalecerlas ; y de las perniciosas, para reprimirlas ó destruirlas. Asi es que emplea el temor ó el terror de la ira divina para excitar en nosotros amor á la virtud, y odio al vicio ; el amor de la patria en M. Bruto, para curarnos de la peste de la ambicion ; la compasion y las lágrimas de Ana Bolena en el suplicio para disponernos contra el amor criminal, &c. Por este medio la eloqüencia puede purgar las pasiones haciendolas luchar unas contra otras : porque el orador las conduce siempre á honesto fin, no las aniquila.

Los obgetos de las pasiones que debe presen-

tar la oratoria han de ser siempre cosas grandes, las unas por su naturaleza como las divinas, las heroycas, la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, la observancia de las leyes, &c. Otras son grandes por convencion humana, como los honores, las riquezas, la prosperidad, la reputacion, &c.

Tienen las pasiones su language propio, sencillo siempre y sin afectacion ; que admite las grandes y vehementes figuras que dan alma y movimiento á la elocucion patética. Esta es la grandiloqüencia desnuda de ornatos retóricos y de sutiles conceptos.

Por otra parte hace malisimo efecto introducir en el trozo patético de un discurso cosa alguna extraña á la naturaleza del intento, y qualquiera digresion que embaraze ó interrumpa la carrera que lleva la pasion una vez movida. Grandemente ofenden y entibian al ánimo, y disuenan al tenor de la sentencia, los símiles y comparaciones, que siempre manifiestan arte y estudio, y distraen y divierten la mente quando mas se debe recoger de acuerdo con el corazon.

Tampoco se debe llevar al cabo la conmocion patética, ya con prolixo razonamiento que fatigue, y despues enfrie el primer calor ; ya con exáltar tanto la pasion, que pase los límites de lo que puede esperarse de nuestra naturaleza.

Los sentimientos de humanidad excitados por

la siguiente pintura del tiempo del luxo y corrupcion de Roma, se convierten en justa indignacion contra las costumbres de aquella capital. *Abranse (dice un escritor eloqüente,) los anales de las naciones ; y veremos los romanos, arrastrados de la voz del deleyte, sacrificar sus semejantes, no digo al interés de la patria, sino á su propia diversion y sensualidad. Y si no, hablen aquellos viveros en que la bárbara glotonería de los poderosos ahogaba los esclavos para que los peces con este pasto criasen carne mas delicada. Hable aquella isla del Tiber, adonde la crueldad de los amos enviaba los esclavos dolientes, ó viejos, á perecer con el suplicio del hambre. Hablen tambien los restos de aquellos soberbios anfiteatros, en que están grabados los fastos de la barbarie ; en que la nacion mas culta del orbe inmolaba millares de gladiadores al placer de un espectáculo, á donde concurrían curiosas las mugeres : y allí este sexo delicado y dulce, que criado en el luxo y el regalo, no debiera respirar sino ternura, utilizaba la inhumanidad, hasta pretender de los atletas heridos que, al tiempo de expirar, cayesen en una gallarda postura.*

§. III.

ESTILO MEDIO Ó TEMPLADO.

Nobleza, amenidad y elegancia son calidades principales de este género de estilo, el qual, como guarda cierto medio entre el sublime, y el sencillo, tiene menos vehemencia y calor que el primero, y mas abundancia y esplendor que el segundo : y por esto admite todos los adornos del arte, y todos los primores del buen gusto.

En este género medio, que es propiamente un estilo adornado y florido, puede la eloqüencia ostentar su pompa y magestad. Llamanse adornos en el sentido retórico aquellas locuciones y modos figurados, que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva.

El orador no habla solo para hacerse entender ; porque para esto le bastaria decir las cosas con llaneza y claridad ; habla tambien para mover, convencer, y deleytar. Este deleyte no puede entrar en el corazon, y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la qual es necesario hablar en su idioma. Por eso dice Quintiliano que el placer ayuda á persuadir porque el oyente está dis-

puesto á creer verdadero todo aquello que encuentra agradable.

No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos; es menester algunas veces, segun la materia y sus circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y esplendor, que son su ornamento. En esta habilidad se distingue el escritor facundo del escritor eloqüente. El primero, quiero decir, el que se explica con claridad, facilidad, y gracia, dexará tibios y tranquilos á sus oyentes; mas el segundo les excitará sentimientos de ternura y admiracion, los quales mira Ciceron como efecto de la oracion enriquecida de lo mas brillante de la eloqüencia, ya sea en las sentencias, ya sea en la expresion. Este género se ha de tratar con language illustre, sonoro, y de cuidadoso y artificial adorno.

En este estilo medio entra aquel género de eloqüencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleyte de los oyentes ó lectores, como son los discursos académicos, los razonamientos públicos, los panegíricos, las oraciones gratulatorias, dedicatorias, y otras composiciones semejantes, en que es permitida toda la gala del bien decir.

Sin embargo, aun en este género de composiciones deben usarse los adornos con gusto, discrecion y sobriedad, y á lo menos variarlos y modificarlos sabiamente. Y si esto es necesario

en los asuntos de mero aparato y ceremonia; quanto mas lo será en los discursos que tengan por argumento obgetos grandes é importantes? Quando se trate, por exemplo, del honor, del reposo, de la hacienda, ó de la vida de los ciudadanos, de la salud de la república, y de la salvacion de las almas; será lícito al orador ó escritor ocuparse de su propia estimacion, solo por lucir su ingenio y su cultura? No quiero decir con esto que en los asuntos de esta gravedad se destierren de todo punto las gracias y galas del estilo; sino que los adornos sean mas sérios, mas modestos y sólidos, porque la composura en el orador ha de ser siempre noble, grave, y varonil.

Alguna vez el orador en las sentencias morales y filosóficas suele subir en carro magnífico y dorado huyendo del estilo llano, como quien huye de andar á pié. Y, como se dice en el diálogo de los oradores: "por ventura son menos fuertes los templos de estos dias porque no están construidos de piedras toscas y feas tejas, sino de lustroso marmol y resplandeciente oro?" "Asi, no son menos persuasivas nuestras oraciones, porque llegan con eloqüencia hermosa y adornada á los oidos de los jueces." Esta hermosura y ornato nacen de las palabras escogidas y dispuestas con buen juicio, templando la gravedad con la dulzura, que raras veces se halla en un mismo escritor, porque en muchos la

grandeza asciende á soberbia, y la dulzura cae en humildad. Y así el que junte con tal temperamento estas dos virtudes, hará en el estilo una armonía de ajustada proporción.

Así como debe evitar el orador público aquella trágica y entonada manera de hablar y razonar conveniente á representantes, así también debe huir y guardarse de usar de razones baxas, viles y apocadas; porque las entonadas é hinchadas no son para persuadir al público y las secas y abatidas no mueven ni tienen eficacia. Y del mismo modo que el cuerpo, no solamente conviene que esté sano, mas también ágil y robusto; igualmente los razonamientos no han de estar enfermos y débiles, sino que tengan fuerza y vigor. Así que en todas las cosas tener el medio es de mucha arte y concierto.

Tratando de la virtud de la seguridad, que pacífica y confirma el ánimo contra los demasiados cuidados y sobresaltos que suele levantar el temor, añade el P. Nieremberg: *Ninguna seguridad llega á la excelencia de aquella quietud, semejante á la que tuvieron en la cárcel Sócrates y Agis. A esta suele acompañar otra de mas quilates, y segura de mayores peligros, quando desenzarzado el hombre de sus deseos que rasgan su corazón, y lastiman cruelmente y tiranizan su ánimo, se pone en campo raso, sin codicia ni temor.*

De las varias formas con que se ostenta el estilo medio ya blandas, ya graves, sin decaer de

la nobleza que le corresponde, podremos trasladar aquí dos exemplos; y sea el primero del P. Yepes, quien, hablando del amor que Dios mostró á Santa Teresa en el trato familiar y espiritual, así se explica: *Del amor tierno y regalado que es la afición y ternura de entrañas, el trato afable y dulce con que á los suyos Dios se comunica, solo pueden ser testigos las almas que con la experiencia lo gustan, que son las que con la pureza de la vida, alteza de la contemplación, y finezas de amor han llegado á decirse y ser esposas regaladas suyas.* Y Fr. Luis de Leon nos presta una admirable muestra del estilo medio para llevar con paso seguido y grave el curso de una narración, quando en los Nombres de Christo, dice: *Los Medos y Persas menearon también las armas muy valerosamente, y enseñorearon la tierra; y floreció entre ellos el esclarecido Cyro, y el potentísimo Xerxes. Las victorias sobraron á los griegos, y el no vencido Alexandro, con la espada en la mano, y como un rayo, en brevisimo espacio corrió todo el mundo, dexándole no menos espantado que vencido. Y los romanos, que le sucedieron en el imperio, y en la gloria de las armas venciendo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tubiesen un mismo término. Notorios son los capitanes guerreros y victoriosos que florecieron entre ellos; los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, y los Cé-*

sares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondéz de la tierra.

Escribiendo el P. Ortiz á una persona que le pedia consejos espirituales por el alto concepto que tenía de su virtud, le dice que él es quien mas los necesita con esta humilde modestia: *En verdad me veo por tantas partes necesitado, que, para levantarme de mis miserias, tendré por crecida misericordia del señor, si cercando yo el cielo y la tierra para multiplicar intercesores, se dignase su clemencia no desecharme de su cara, porque, como niño en la virtud, he menester ser traído en brazos ajenos: y pluguiera a Dios que pudiese decir que soy niño, y que hubiese empezado á tener algun ser ante sus ojos.*

Al estilo medio se ajusta bien la gravedad de las palabras, y el peso de las sentencias mas eficaces por menos compuestas, como en este exemplo del P. Marquez, en que refiere como no es remedio para la humanidad la muerte de los que la tiranizan: *¿ De qué sirvió (dice) la muerte de Neron al pueblo romano, sino de dar entrada á Othon, y á Vitelio, iguales pestes de la república? Lloró con entrambos ojos el reyno de Francia la de dos príncipes suyos, dos Henricos, muertos á hierro: casos verdaderamente atroces, é inhumanidad no oída entre cristianos, contra quien siempre se armarán las plumas de nuestros historiadores, quando aun las de Roma tiñen de*

lágrimas el papel por haber visto quatro en veinte y ocho años, con haber sido el primero Neron, y el postrero Domiciano, causas tan poderosas de consuelo.

ADDICION.

Estilo sentencioso.—Al género medio se adapta bellamente el estilo sentencioso, que pide paso grave y sosegado, sin levantarse á remontada dición, ni á ufanía de galas y colores, ni á vehemencia de afectos; templado todo con el peso de las razones y de la doctrina que encierran los conceptos esparcidos en su lugar oportuno.

En testimonio de que no se arrojaron á mayores peligros los gentiles que los cristianos en las guerras, y que no son opuestas al valor la humildad y mansedumbre evangélicas, añade D. Diego de Saavedra: *Poco hace de su parte el que se dexa llevar de la ira y de la soberbia. La mansedumbre es accion heroyca que se opone á la passion; y no es menos duro campo de batalla donde pasan éstas contiendas. El que inclinó por humildad la rodilla, sabrá en la ocasion despreciar el peligro, y ofrecer su cerviz al cuchillo.*

Escribiendo Antonio Perez al Conde de Monmorancy Condestable de Francia, gran favore-

cedor suyo, le dice: *Suplico á V. E. atienda á su salud por el bien público y particular; que los hombres no la pueden dar, aunque la pueden quitar con disfavores: jurisdiccion que tienen en ánimos pequeños, porque los grandes estómagos digieren veneno como vianda ordinaria.* En sus Avisos Morales, para recomendar los bienes de la templanza y sobriedad, dice el P. Nieremberg: *A la vida del cuerpo ayuda la abstinencia espléndida y largamente, pues la alarga; y en quanto sufren los estrechos términos de la mortalidad, la templanza es arbol de la vida, porque la muerte de muchas maneras es hija de la gula.*

El estilo sentencioso se acomoda tambien á las narraciones históricas, quando el autor, huyendo de la desnuda y árida relacion de un gazetero, quiere vestir los hechos con reflexiones morales ó políticas que arroja la importancia y calidad de ellos mismos. Este género de escribir, presupuesta la verdad de los sucesos, enseña y deleyta al mismo tiempo, porque siempre es agradable la doctrina indirecta para el advertimiento ó el desengaño. De la derrota que padecieron las tropas de Felipe IV. en 1641 en la malograda empresa del Castillo de Monjuich, durante el asedio de Barcelona, escribe Don Francisco Manuel testigo de vista, en su Historia de la guerra de Cataluña, una completa relacion, de la qual solo trasladamos

este trozo: *No negarémos que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, halláronse muchos hombres de valor inutil y desdichado; algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas; y otros que lo desearon por no perderla. Singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, y todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige....* A Faxardo sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros dignos de gloria, si ésta pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion. *Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos, ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieran servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños por la dificultad que causaban al camino. Solo la muerte y la venganza, lisongea da en la tragedia española, parece se deleytaban en aquella horrible representacion. Casi á este tiempo llegó nueva al Conde de Torrecusa de la muerte de su hijo, y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por rasgar sus ropas: desigual demostracion*

de lo que se creía de su espíritu. Desde aquel punto no quiso oír mas, ni mandar; y no era entonces la mayor falta de quien mandase, porque en todo aquel día fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

Es muy difícil de sostenerse este estilo en una larga composicion sin cansar al lector, si no se interpola diestramente con agradable variedad, usando de las reflexiones con discrecion y economía, para no caer el escritor en la afectacion de maestro pródigo de sus propias opiniones y discursos, pretendiendo lucir el caudal de su profunda penetracion. Hasta en lo mas perfecto es reprehensible el abuso; y así solo la templanza puede corregir las demasias de nuestra vanidad.

Quando en las obras destinadas á darnos documentos de virtud y sabiduria se refieren hechos históricos para sacar de ellos la doctrina; es no pequeña habilidad del autor el saberlos ilustrar con el esplendor de sentencias no forzadas, ni obscuras, que hagan, sin pretenderlo, oficio de lecciones. Sea exemplo en este género una nobilísima y filosófica leccion del P. Marquez, hablando de la tiranía é insolencia de Adonisech en su prosperidad, y de su miedo y cobardia quando vió venir contra si á Judas, capitán del Pueblo de Dios, en cuyas manos quedó prisionero: *Es muy dificultoso (prosigue) tener moderacion en la prosperidad; que los hombres en-*

señados á desigual fortuna suelen entregarse sin fiador en lo dulce del imperio, olvidados totalmente de lo que fueron, y de lo que serán. Y la grandeza y serenidad de ánimo, que tanto se desea en el que ha de gobernar, menos se hallará en el hombre baxo, que siendo mas exórbitante en el mando, será mas vil en la adversidad.

Las sentencias y moralidades dicen bien á la severidad de la filosofia, no menos que á la gravedad de la historia; autorizan las máximas de aquella, é ilustran los exemplos de esta. No hablan al corazón porque tampoco nacen de él: nada dicen á los ojos porque en ellas no tiene parte la imaginacion; son hijas del entendimiento, al qual han de persuadir, y criadas con la experiencia del hombre mirado por todos sus aspectos morales, políticos y civiles: y por esto piden gran caudal de meditacion y sabiduria, y vienen á ser el fruto de la edad madura. No dirémos por esto que no admitan cierto adorno, pulidez, y cultura para suavizar la desnudéz y aspereza de su doctrina, ni que estén reñidas en su composicion la concision y la elegancia, como lo hemos visto en la mayor parte de los exemplos trasladados mas arriba.

Como la estructura de la sentencia se forma de frases sucintas, y estas comunmente sacan su mérito de un cierto contraste para que resalte mas el concepto, y sea mas agradable su

aplicacion; se suele caer en un estilo uniforme y simétrico que trunca el curso y enlazamiento de los periodos, y hace cansada su lectura. En este inconveniente caen aquellos escritores que, no conociendo los límites señalados por el buen gusto y recto juicio, se dexan llevar del deseo de parecer sábios y profundos, empedrando de sentencias el razonamiento mas simple y mas comun. Y como, por otra parte, éste mismo abuso descubre una grande afectacion; la prodigalidad con que las derrama, no le dexará discernir muchas veces lo natural de lo violento, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo sutil, y la agraciada discrecion de los juegos de vocablos.

La manera mas discreta y agradable de hacer el estilo sentencioso, sin taracearle con sentencias, y de enseñar sin dogmatizar, consiste en saberlas refundir ó incorporar en el molde del período, haciendo desaparecer su forma y estructura particular, como de piezas sobrepuestas, sin que pierdan su espíritu y sentido, y contrayendo lo general y especulativo de su doctrina á los exemplos prácticos de personas ú hechos particulares. Por este medio la eloqüencia campea sin el sobrecejo de tanta filosofía, y el estilo corre fluido y grave al mismo tiempo, como se verá en los exemplos siguientes.

En elogio de un sabio profesor de jurisprudencia dice un eloqüente escritor: *Nuestro doc-*

tor obtuvo una cátedra de jurisprudencia, cuyo cargo desempeñó como hombre que no la habia solicitado. En esta oracion está refundida esta sentencia: *Porque los que solicitan los empleos suelen ser los menos idóneos.* Pero de esta expresion vaga y general solo sacó el autor el pensamiento.—De cierto gran Señor dice tambien el mismo: *Fué muy poderoso para no ser adulado, y aborrecido.* No habia querido decir en su forma natural esta maxíma: *El demasiado poder engendra adulacion y odio.*

Hablando un orador en elogio de un sábio, añade: *Debió á la fortuna un nuevo favor para ser hombre grande, habiendo nacido pobre.* En esta oracion está embebida ésta seca y sencilla sentencia: *La pobreza hace grandes á muchos hombres.*—Dice otro orador en elogio de un alto Magistrado, quando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sábio, y los dexó como héroe.* En estas tres frases están refundidas estas tres maxímas: *El ciudadano debe servir á la patria: el sábio no se desvanece con las condecoraciones; y el héroe huye de ellas.*—Hablando del gran Ministro Sully quando se retiró de la Corte en medio de los desórdenes del reyno, añade otro: *Y no pudiendo impedir mas tiempo los males, no le quedaba otra gloria que la de no ser su cómplice.* Este mismo pensamiento puesto

en la forma de una sentencia ó aviso directo, diría así: *El que no puede impedir los males, no las consienta.*

PARTE TERCERA.

DE LA EXÔRNACION ORATORIA.

LLAMAN exôrnacion los retóricos aquella compostura formada de los colores de los tropos y lumbres de las figuras, que ilustran y enriquecen la oracion. Pero estos ornatos se han de usar donde los pidan el lugar y la materia, y han de parecer nacidos para dar colorido y luz al lugar donde se aplican. Las traslaciones y figuras han de estar colocadas de suerte que por ellas no se pierda la inteligencia del discurso, ni tampoco por demasiado exquisitos aféen la pureza y hermosura de la elocucion. Así, diráse con mucha verdad que quando el orador piensa mas en los atavios que en las cosas, prefiere su propio aplauso á la bondad, importancia y grandeza de su causa, que es lo que interesa á los oyentes, y ha de captar su benevolencia. Muy lexos de ganarles el ánimo con este estudio y

presuncion ¿ como podrá persuadir á los otros el que se acuerda tanto de sí mismo? Si quando el orador escribe ó compone, premedita los *tropos* y *figuras*, escogiendolos como entre las flores de un prado, no podra ocultar el esmero y el apetito anticipado de tan afectadas galas. Deben estas vestir ciertos miembros del cuerpo de la oracion, como si nacieran de ellos; de suerte si puede ser, que hagan dudar, si el sentido y espíritu de la composicion dá el ornato, ó lo recibe. Al orader y al buen escritor se le han de caer, por decirlo así, estos adornos de la pluma, sin advertirlo, y mucho menos buscarlo: solo una especie de instinto oratorio, hijo de un continuo ejercicio y de la familiaridad con buenos modelos, puede producir este tino, esta gracia, esta facilidad de convertir lo que es verdadero artificio en lo que parece naturaleza.

ARTÍCULO I.

DEL ESTILO FIGURADO.

AUNQUE cada una de las cosas tiene su nombre propio, son mas las que han de significar que las palabras. Y como estas son notas ó señales de aquellos obgetos que concebimos en el áni-